

EDITORIAL



Hna. Liliana Franco, ODN
Presidenta de la CLAR

Don Ernesto suma muchos años y casi todos los ha pasado atrincherado en una montaña de su pueblo, esperando la paz. Simón, con tan sólo dieciocho, cuenta las horas a la espera de una oportunidad laboral. Nidia, con su hijo en brazos, va de frontera en frontera, convencida de que la espera una tierra mejor. Todos esperan, revestidos de esperanza caminan, curtidos en el arte de esperar resisten, aferrados a la esperanza creen; con ellos nos adentramos en el Misterio de la Navidad, en la certeza de "Dios con Nosotros".

Las religiosas/os del continente, también sabemos de esperas y esperanzas, la vida también nos ha ubicado en el lugar de la avidez y la necesidad; con frecuencia también contabilizamos las horas y en las noches prolongadas, cuando nos visita el desconcierto y el miedo al futuro, nos aferramos a nuestro Dios. El eco de su voz, también a nosotras/os, nos puso en camino y la certeza de su llamada nos ha con-

ducido por senderos insospechados, muchas veces a la intemperie y tantas sin mapas ni brújulas... en un acto osado de obediencia y fe.

Desde nuestra identidad de consagradas/os y con la experiencia de estar "habitadas/os", nos hemos lanzado al encuentro, a "la mística del encuentro", a la gratuidad de la relación y a la alegría de compartir el don recibido.

Adentrémonos en este Tiempo Litúrgico, pidiendo la gracia de ser más contemplativas/os, de hacer pausa en nuestras agendas repletas de actividad para ver lo que el afán invisibiliza, de tejer vínculos comunitarios en mayor libertad, alegría y gratuidad, de valorar los procesos y cuidar de las personas con ternura. Y que cultivemos el silencio que nos hace más sensibles al Misterio que nos desborda, a la Palabra que nos moviliza, al gesto en el que somos convidadas/os a la compasión, a la acción solidaria capaz de acunar la vida que ya llega.

Que este tiempo, unidas/os y en Iglesia, seamos aptas/os para tejer una cuna más sinodal y que en torno a ella, confirmemos que nuestra misión es ser decididas/os cuidadoras/es. Que con pasión evangelizadora y dinamismo profético nos empuñemos en el cuidado del don recibido, del carisma común, de la vida cuando es más frágil, de lo humano siempre y en toda circunstancia.

La Encarnación, nos ubica en la lógica de lo humano, nos ubica allí, donde urge cuidar de la vida, desvivirse por los pequeños, ensancharse para acoger. El cuidado

es un arte que requiere de paciencia y de desvelos, de atención a la vida y de disposición a la ofrenda, de experticia en las habilidades relacionales e introyección de los valores del Evangelio. Surge al reconocer que el otro existe y su vida es importante. La frontera en la que es posible disponerse al cuidado, es esa en la que terminan las actitudes egocéntricas, la autorreferencialidad y el mezquino individualismo. Cuidar sólo es posible si salimos de nosotras/os mismas/os.

Nuestra misión, es una vocación a lo común, que exige validar la existencia del otro, reconocerlo en sus posibilidades y carencias, compartir su andadura y su suerte, padecer su dolor y celebrar su gozo, saberse convergiendo en la misma historia y corresponsables del destino de la humanidad y del planeta. Y ello supone, situarse ante la vida con entrañas de misericordia.

La compasión no puede ser un apéndice fruto de la sensibilidad, debe ser la consecuencia de las opciones. Y desde ella, será necesario tejer nuevos estilos de relación, menos invasivos, más dignificantes; menos sobreprotectores, más capaces de empoderar y hacer que surja lo mejor del otro. La compasión, al estilo de Jesús, supone compromiso solidario con los sufrientes de la historia. Ella debe conducirnos a abrazar la vulnerabilidad, la propia, la de los otros, la de los sistemas relacionales en los que se genera el encuentro.

Sin lugar a dudas, una Iglesia sinodal es una Iglesia compasiva y misionera, capaz de misericordia y transformación, dispuesta a ponerse al lado y decidida a caminar por territorios de frontera, en condición de hermana de los más pobres. El Señor nos confía la misión de vivirnos en el único lenguaje creíble para la sociedad de hoy: el del amor que se traduce en obras y se evidencia en lo cotidiano.

Aun es de noche, en el horizonte una estrella anuncia lo que está por llegar, las mujeres y los hombres que al alba pastorean y cuidan de los suyos, están en vela, aferrados a la esperanza y atentos a los signos de los tiempos. La historia va a cambiar, el espíritu de la sinodalidad lo abraza todo y el canto común es la antesala de los tiempos nuevos.

Abramos puertas y ventanas, mentalidades y culturas, abramos el corazón en una decidida hospitalidad; que haya lugar para todas/os y en torno al pesebre nuestra opción sea: reconocernos hermanas/os.

Gracias a todas/os los que con la profundidad de su reflexión hacen posible que llegue hasta nosotras/os esta edición de la Revista de la CLAR: "Hacia una Iglesia Sinodal, más creíble". Que al ritmo de su palabra, su testimonio y su motivación a la acción, nos dispongamos a ensanchar la tienda, para que se rompa la noche y el alba nos traiga el eco de una Iglesia de hermanas/os.